

Llegando demasiado tarde

Ricardo Rosales Garita

Lingüística y Literatura Hispánica
ricardo.rosalesg@alumno.buap.mx

Esta era una persona que...
Me desperté de golpe, mi cuerpo estaba debilitado, me sentía más cansado que cuando me quedé dormido. Estaba acostada en diagonal opuesta de donde estaba las almohadas, abrí mis ojos y con un movimiento torpe me limpié la baba que escurría de mi boca. Las imágenes de mi cuarto, apenas iluminado por un rayo de sol que entraba por una apertura de mis cortinas, daban vueltas sobre un eje que parecía estar dentro de mi cabeza. Con torpes y agotadores movimientos busqué mi celular para checar la hora, lo encontré a mi izquierda, por mi cintura, lo revisé con el miedo de haberme despertado a las cinco de la tarde, pero al ver la hora, solo pude observar que había pasado media hora desde que había sonado la última de mis cinco alarmas matutinas; era para ese momento las nueve cincuenta y cuatro de la mañana.

Lo tomé con tranquilidad, me estiré y poco a poco fui tomando fuerzas para levantarme, tomando conciencia del nuevo día. Pero al hacerlo un escalofrío recorrió mi espalda. Mirando fijamente la pared de ladrillos enfrente mío, me di cuenta de que no podía recordar que había pasado antes de irme a dormir y apenas lo pensé otro escalofrío atravesó mi espalda de derecha a izquierda, no recordaba lo que había pasado el día anterior. Revisé mi celular rápidamente para al menos saber la fecha, ya que ni eso pude recordar, era el 7 de enero. De pronto, surgió una preocupación en mí, "Ya debía estar de camino al trabajo", hasta el momento de haber revisado mi celular por primera vez, no me percaté que tenía que asistir al trabajo,

uno del cuál ya me tenían ubicada por llegar tarde. Me cambié rápidamente, abrí las cortinas y luego las ventanas, notando que afuera no se observaba a nadie ni se escuchaba ningún ruido. Mi colonia era un lugar de mala fama, por sus asaltos a mano armada o sus robos vertiginosos, pero al menos para mí, la mayoría de los días abundaba la paz.

Me alisté; mochila, cartera, audífonos y celular era lo único que necesitaba, sobre todo cuando mi rival era el tiempo, alcancé a tomar dos manzanas para el camino que me servirían como desayuno y salí de mi casa hacía la parada de camiones. Iba casi corriendo, pero al llegar a la esquina de mi calle, me quedé por unos segundos en shock cuando no videé a nadie por las calles, ni un coche, ni a mis vecinos y conocidos, ni a los comerciantes, que desde temprano hacían sonar sus cortinas metálicas indicando que ya se preparaban para un nuevo día de ventas, ¡Vaya! ¡Es más!, ni un solo perro callejero o algún gato fugitivo, no había absolutamente nadie.

Volví a checar mi teléfono con la esperanza de encontrar algo nuevo, algún mensaje que anunciara un inesperado toque de queda por la mañana o algún tipo de pandemia surgida repentinamente, pero en su lugar vi una pantalla que solo marcaba la hora y la fecha. Extrañada traté de buscar en ambos sentidos de la calle un camión que fuera a cualquier parte, para al menos confirmarme que no me encontraba sola o para hacerme saber lo que estaba pasando, no vi nada.

Fui a la parada del camión a esperar alguna señal de vida, pero los segundos parada ahí bajo el sol abrazador de los primeros días

del año, se sintieron como días enteros; se convirtieron en incesantes nervios que hacían mover mis pies de manera inquiera, en tener que caminar de un lado a otro para tratar de calmarme y mover mi cabeza de izquierda a derecha para poder ver a alguna señal que me indicara que todo estaba bien. Me di por vencida y abandoné la parada de camiones con un doble propósito: el primero, regresar a casa para prender la tele, ver las noticias y poder enterarme de lo que estaba pasando; el segundo, con un razonamiento más bizarro, pensar que al darme la vuelta pasara un camión, coche o moto, como si se tratara de una condición en la cual yo no tuviera prestar atención para que ocurriese algún acontecimiento. Pero aquella absurda creencia, casi razonable, diría yo, no se cumplió, ya que cuando giré para cazar con la mirada algún movimiento fugaz, todo seguía estático; de esa estrategia fueron 3 intentos, al final me rendí, pero seguía atenta a cualquier sonido de motor o pisadas.

Al llegar a la mitad de la calle, paré de trancazo al ver el portón plateado de mi casa, recordé en milésimas de milésimas de segundos que... nunca tomé mis llaves. Ahora me encontraba sin la opción de entrar a ver las noticias, entrar por comida o tan siquiera por algún detalle que también hubiese omitido por salir deprisa.

En ese momento me di por vencida, me resigné a tener que molestar a algunos de mis amigos o familiares para que pudiesen dar un raid al trabajo o ingeniárnosla para poder entrar a mi casa sin las llaves. Saqué mi celular del bolsillo y busqué algún contacto que recordara, alguien estuviera disponible, además

de contar con algún medio de transporte, tardé unos segundos en analizar mis posibles opciones, cuando llegó a mi mente ella, mi mejor amiga, le marqué con la vergüenza y aún con un poco de esa inquietud que no me permitía estar tranquila, pero no contestó, la llamada había entrado, había señal y yo tenía un poco de crédito, pero simplemente no contestó. “Bueno, tal vez estará ocupada o no tendrá a la mano su celular, debería dejarla e intentar con alguien más”, eso hice, busqué otro amigo, otro familiar, lo encontré, mi tío, tal vez todavía no hubiese salido de casa y me podría ayudar, le marqué, pero la situación se repitió, nunca me contestó. Y mira que no contestaban a tres llamadas seguidas fue el inicio de una preocupación que aumento. Por la preocupación de que él no me contestara, le marqué a mi madre para saber si tenía noticias de mi tío o de lo que estaba sucediendo, allí fue cuando mi preocupación se apoderó de mí por completo, no me contestó.

Casi en rompo en llanto cuando no pude escuchar su liviana y reconfortante voz del otro lado de la bocina, pero sabía que tenía que mantener la calma para poder buscar una solución. Pensé entonces en buscar alguna aplicación de transporte particulares; de las cuales hasta ese momento nunca había usado. Al tratar de instalar alguna en mi celular, la aplicación donde se descargaban las demás no cargaba, ¡Claramente había internet!; ¡Lo podía ver! Estaba afuera de mi casa, agarrando la señal de mi propio modem ¿¡Cómo era posible que la aplicación nunca agarrara!?

Inundada de una desesperación abrumadora, con un nudo en mi garganta y con mis ojos casi a punto de estallar por el llanto, decidí caminar a la casa de mis padres, ubicada cerca del centro, mi colonia quedaba en la periferia de la ciudad, para llegar a su casa, primero tenía que subir la avenida principal, una calle muy inclinada y que parecía ser el camino que te dirigía a la cima de una colina, para después, tener que recorrer unos kilómetros para llegar a una pendiente en la cual se podía observar todo centro, con todos sus grandes edificios y los árboles de los parques, que compiten para saber que será lo primero que veas al llegar a aquel particular mirador.

Así que, intranquila empecé mi recorrido. Apresurada, sudando y con lágrimas saliendo de mis ojos iba observando a mi alrededor lugares abandonados, similar a un pueblo fantasma, donde lo único que entra en los

edificios es el polvo; como si se tratase de un éxodo al cual nunca fui invitada por estar dormida. El silbido del viento era mi única compañía mientras subía aquella inclinada pendiente. Yo podía sentir como mi llanto era secado por el aire, pues corría en dirección contraria hacia donde me dirigía, parecía que estaba huyendo, al ir distraída por esta sensación y antes de darme cuenta llegué al primer terreno plano, ahora me quedaba recorrer kilómetros antes de encontrarme con el mirador de aquella gran ciudad.

Fui caminando, andando, recorriendo cada metro de aquel largo viaje, fijándome en las grandes supermercados y sucursales, antes llenas de vida, movimiento y ruido, ahora se encontraban vacías, abandonadas, olvidadas, todas estaban cerradas, así que creo que nadie se había presentado a trabajar. Hubo un momento, casi al comienzo de este camino, que caí en conciencia que no pasaba absolutamente ningún vehículo en la calle; ni un camión, ni un coche, ni una moto, ¡Vaya! ni una bici, por lo que un poco indecisa, entre que sí o no, terminé por bajarme de la banqueta para ver si, en una de esas, escuchaba un claxon, alguna señal que me indicara que todo podía ir para mejor, pero eso tampoco pasó.

¡Por fin! Reconocí las construcciones cercanas a ese mirador de la gran ciudad, me emocioné, en mi pecho sentí un alivio, un éxtasis por saber por fin qué podía estar pasando, alguien de por allí me podría poner al tanto. Apreté mis puños con una fuerza motivada por mis ansias de tener una respuesta, lanzándolos para darme impulso y empecé a dar pasos más largos de los que venía dando, cada vez más veloces, empecé a trotar y al mismo tiempo a sudar, mi corazón empezó a palpar frenéticamente y me eché a correr. Por el cansancio y la fuerza con la que corría bajé la cabeza, empezando a ver el pavimento pasar cada vez más rápidos. Por la fuerza ejercida por todo mi cuerpo, por la emoción que palpitaba desde las puntas de mis pies, pasando por mi estómago donde el sentimiento de agitación parecía surgir, hasta mi corazón que estaba por colapsar, me fui deteniendo poco a poco, bajando la velocidad, hasta que paré, descansé con las manos en mis rodillas, jadeando y con la cara palpitando, sudorosa, mirando hacia el piso.

En un movimiento subí mi cabeza para ver el trayecto final de mi camino, ahí me paralicé. Logre ver a través de una nube negra y marrón gigantesca, un abismal cráter, que ahora ocupaba el sitio en el que

se encontraba la ciudad, aquello era como hubieran arrancado la ciudad de la tierra. Y yo no entendía, ni podía hacer nada.

Incluso llegó tarde al final de la humanidad. ●

